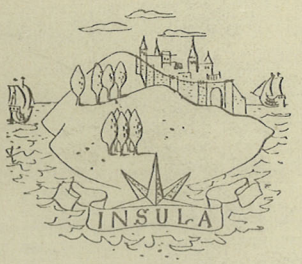
CONCHA ZARDOYA

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA

HOMENAJE A MIGUEL ANGEL



INSULA - MADRID, 1957

CONCHA ZARDOYA

confirma en este libro su alto valor lírico afirmado en anteriores títulos. Sin citar su completa bibliografía, en la que se unen excelentes estudios literarios, como *Miguel Hernández. Vida y obra,* y recordando sólo alguno de sus libros de poesía, fué accésit del Premio Adonais en 1947 con *Dominio del llanto,* y Premio Boscan en 1955, por su libro, aún inédito, *Debajo de la luz.* En MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA ofrece una serie de poemas inspirados y en homenaje a la tarea creadora de Miguel Angel. Las obras fundamentales del genial pintor y escultor —"herrero de la piedra"— han sugerido a la poetisa sonetos limpios y rotundos como las creaciones del florentino, que nos dejó en el Moisés, los esclavos o el mundo humano y divino de la Creación, una obra imperecedera que Concha Zardoya admira y canta con sincero sentimiento.

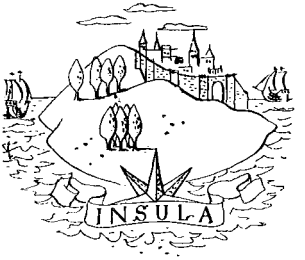
100 Ptas.

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA

CONCHA ZARDOYA

MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA

HOMENAJE A MIGUEL ANGEL



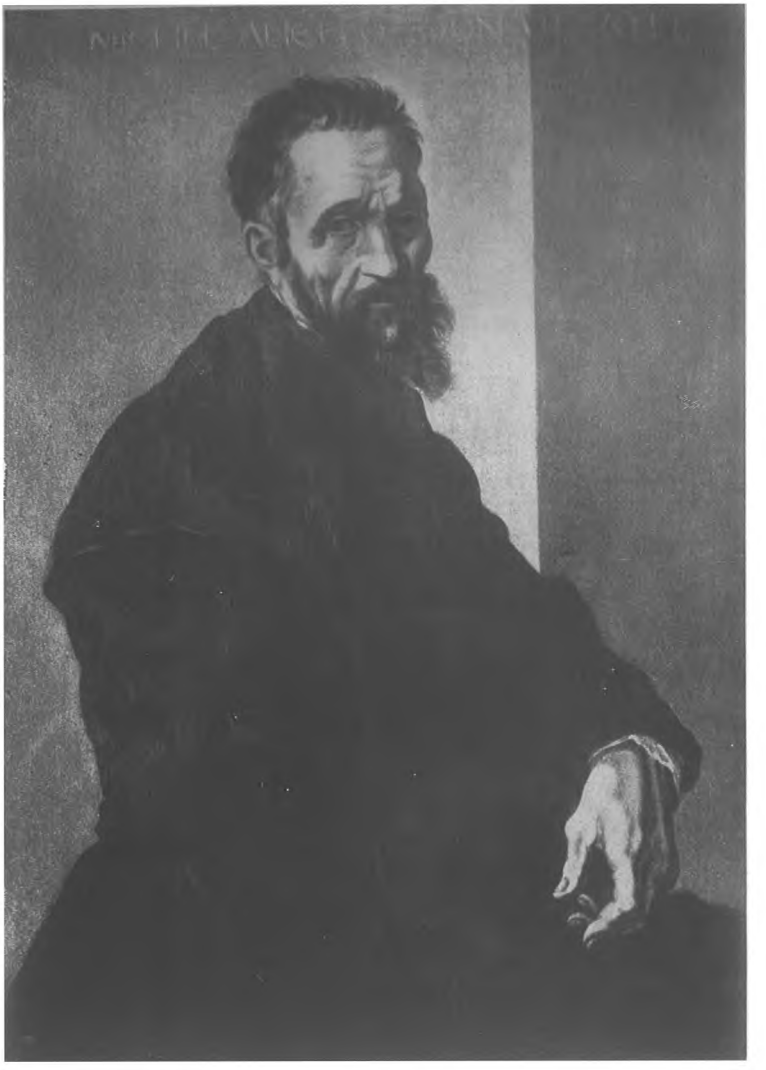
INSULA - MADRID, 1957

Copyright, 1957 by CONCHA ZARDOYA ©

S. Aguirre Torre, impresor. - General Alvarez de Castro, 38. - Madrid.

A Carmela,
hermana en el dolor
y en la alegría.

EL HOMBRE



Retrato de Michelangelo Buonarrotti (posiblemente autorretrato).
Florencia, Uffizi.

E L R E T R A T O

TUS tristes ojos ven mis ojos tristes.
Las miradas se cruzan. ¿Tiembla el alma?
El ceño de tu frente se confunde
con el ceño interior del sufrimiento.

Tú escuchas el fluir del quedo llanto
que lame y que socava la existencia,
la raíz de un destino doloroso.
Yo escucho tu llorar que va por dentro.

Gran hoguera me encubre tu ropaje,
un llameante azufre tras la negra
envoltura del paño y de la carne.
Te palpo el corazón y en él me quemo.

Y mi seca madera tú la salvas
de la ceniza gris y tú la yergues
con fiera voluntad y le das vida,
un nuevo entresoñar, un nuevo aliento.

Tu quemante belleza ¿quién la niega?
Tu poder forjador ¿quién lo desmiente?
Me conquista tu boca, tras la fronda
hirsuta de la barba, sin un beso.

Herrero de la piedra, tu gran mano
pareces alargarme... ¡No! Precrea
en el aire una forma trascendente,
imagen de un enorme pensamiento.

Cada nervio se tensa, señoreando
ese rayo divino que tú blandes
como un dios, Miguel Angel, desde niño:
a los vivos tú salvas y a los muertos.

Nadie quiere volar. Y nadie ansía
ser pájaro, ser luz, ni suave trino.
Todos sueñan, gozosos, que los tocas
y los vuelves al fin mármol eterno.

L A S O L E D A D

TU clara soledad rozaba el cielo,
amenazaba montes y tinieblas,
caía, se incrustaba, resonante,
en el intacto tiempo de la niebla.

Erguida, fulguraba en los calveros:
las rocas, en pavor, se disgregaban,
disueltas en arenas incesantes,
por tu amor y tu fuego fulminadas.

Melodiosas, inermes, se ofrecían,
en la mañana joven, a tus brazos,
desnudas en la luz... ¡Silbante dicha!

Tu fulgor rumoroso, alucinado,
a las oscuras masas trascendía...
¡Un corazón brotaba del relámpago!

LAS MANOS

DIEZ dolores, diez éxtasis, tus dedos,
convulsos, jubilosos corazones,
apretados, radiantes, ofrecidos
al inmenso mañana de los hombres.

Escoplos vivos, fuego humedecido
por el tremendo amor y la ternura
que anidas en tu pecho solitario.
Diez soledades dulces y profundas.

Y tus celestes fuerzas, tus diez rayos
arrancan piedras de oro a las montañas,
alzan almas y cuerpos a lo eterno.

La muerte vela el sueño, roza el labio...
Tú sumes las dos manos en la nada
y libertas las formas de lo pleno.

L A V I C T O R I A

¡QUÉ tensiones, Miguel, qué dardos altos,
qué genios interiores combatías!
¡Quemabas, ay, tu fuego sobrehumano,
de eternidad sediento cada día!

Derrotas doblegaban tus dos manos,
a cien titanes ellas daban vida.
Rescatabas del polvo y del engaño
el corazón del hombre y no su dicha.

Abriste tu camino en la tormenta
—la pasión, el dolor, la inmensa lluvia—
y salvaste la luz amenazada.

Tu victoria moral, enorme estatua,
al cielo desafía, alta y pura,
con ojos de infinito y de tristeza.

LA ROSA DE LA MUERTE

EL beso de la muerte una mañana
su rosa de blancura más perfecta
en tus manos dejó. ¡Oh, cuán cansadas
se abrían a la flor de nieve intensa!

En caricia final, tú repasabas
aquella forma pura, clara, cierta,
los pétalos menudos, luz intacta,
para esculpirla luego bajo tierra.

Su intimidad la rosa dulcemente,
tacto adentro, feliz, te fué entregando:
como un postrero amor a ti llegaba.

En paz estabas tú y al fin silentes
tus nobles dedos yertos, apagados:
la rosa, como viva, los besaba.

LOS HÉROES

A Luis García-Abrines.

CENTAUROS Y LAPITAS

NADIE triunfa de nadie en la batalla.
No hay vencidos aún y no hay gloriosos.
No cubren las heridas frescos lauros
ni coronan la sien del hombre ecuestre.

Oleadas de cuerpos precipitan
torbellinos de curvas como llamas.
Cual serpientes, los brazos reptan, gozan,
aníllanse a los torsos en sus cúmulos.

La fuerza es gravidez: los pies y manos
saben hendir la tierra, fatalmente:
son humano fragor, ardidos vórtices.

Ni un desplome final. Ni vivas alas
que salven de este fuego, que conquisten
aires puros, de paz, en las alturas.

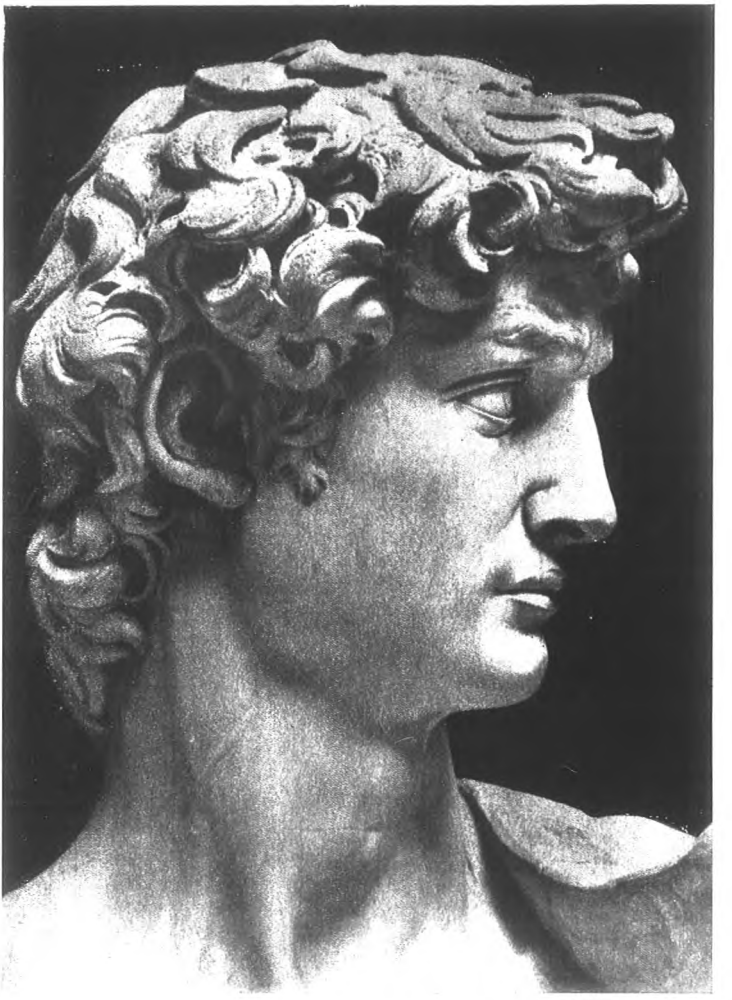
T O R S O

¡QUÉ verdadero el cuerpo sin cabeza!
Los repliegues son carne sensitiva
y los músculos tensos mueven piernas
que extraviaron sus pies al levantarse.

Mas el hombre se queda detenido
en el total paisaje de su cuerpo.
Decapitado anhelo, sobrevive
más allá de la tala irreparable.

Ha burlado a la muerte, siendo río
que fluye y que no fluye, que no duerme,
que se afana en ser cauce y ser orilla.

¿O sólo un alma es que se trasfunde
—arrebato de vida y de pureza—
a la materia gris, al yerto mármol?



David. Florencia, Academia.

D A V I D

HAS mirado la muerte, cara a cara,
y la miras aún cual si viviera.
Su inmensidad nos abres, joven puro,
y el dolor melancólico reflejas.

En ti ha visto tu padre extrañamente
el destino del hombre y de la tierra.
Sus pensamientos tristes —¡son los nuestros!—
a tus ojos se asoman y allí quedan.

Mas cargado de vida está tu cuerpo
y amenazan romperse ¡ay¡ tus venas,
¿hondas tensas que apuntan a la nada?
Contra la muerte alzas tu inocencia.

Aniquilar podrías, pero salvas.
Tu hermosura acaricia nuestras penas.
Y vivimos en ti, resucitados
de la muerte profunda que nos quema.

LAS CRIATURAS DULCES

Angel Lampadóforo. Bolonia,
Iglesia de San Domenico.

E L A N G E L

ANTE el ara ha postrado todo vuelo,
toda prisa celeste y toda dicha.
Invocado por ti, dejó la cima
en donde el aire azul no tiene viento.

Ser lámpara en la tierra, casto fuego,
le ordenas suavemente. Y él se humilla:
obedece a tu voz que le acaricia,
y súmese en su fe y en su destierro.

En gravidez trocadas por tu mano,
no nostalgian sus alas otro cielo,
ni sus pies otra nube que este mármol.

Sin ojos, su mirada se detiene
en un soñar inmóvil, ¡ay!, sin sueño.
Le quieres despertar y ya no puedes.

LA VIRGEN DE LA ESCALERA

AL pie de la escalera tú amamantas
¡con tal dulce ademán! al tierno nene.
No le miras aún, porque una sombra
en el hondo horizonte se aparece.

Le das vida y, al dársela, calvario
le adelantas, en cruz, y le procuras.
Tu leche, madre, es agua de sepulcro,
vinagre de dolor y de tortura.

¡Que tu pecho se seque!, pide el aire.
¡Que su boca se cierre!, dice un niño.
Yo no sé si llorar o esconderme.

Pasó la golondrina sin mirarte.
Sin mirarte pasó, porque a tu hijo
al pie de la escalera le das muerte.

B A C O

CASI niña, oh joven, te embrïagas
con lentitud... Sopor. Dulzura. Fuego.
Torso abajo deslízanse las llamas
de voluptuosas dichas. Sueña el cuerpo

entre ser y no ser adolescente,
jovencita o garzón... La vid corona
tu mirar en ausencia y tus dos sienes
donde un amor extraño se redora.

Los sueños pesan, mueren sin sus alas,
vueltos ceniza ya, en ese vino
que el sátiro ha escanciado sonrïendo.

Apenas dios, mortal, te gana el ansia
—¡inexplicable éxtasis de un niño!—
de vivir y morir al mismo tiempo.

LA VIRGEN DEL LIBRO

¿A qué denso confín se van tus ojos?
¿Qué nieblas los retienen tan lejanas?

¿Hay sombras en la orilla del silencio?
¿Un pájaro se ausenta de las aguas?

¿Por qué olvidas al niño que se inclina
en ademán de sueño o de nostalgia?

¿Por qué abres el libro y no lo miras?
¿La ciencia del dolor está en sus páginas?

¿Un querubín sonríe como nube
que se atreve a nacer de tus espaldas?

Yo veo que en el centro de la vida,
con un libro en la mano, estás sentada.

Y yo sé que entresufres y entresueñas
porque ves a la noche tras el alba.

L I A

¡QUÉ dorado panal, tus ojos tiernos!
Asomaba al amor tu miel profunda
y en ella se cuajaba aquel misterio
de amar sin ser amada en tus honduras.

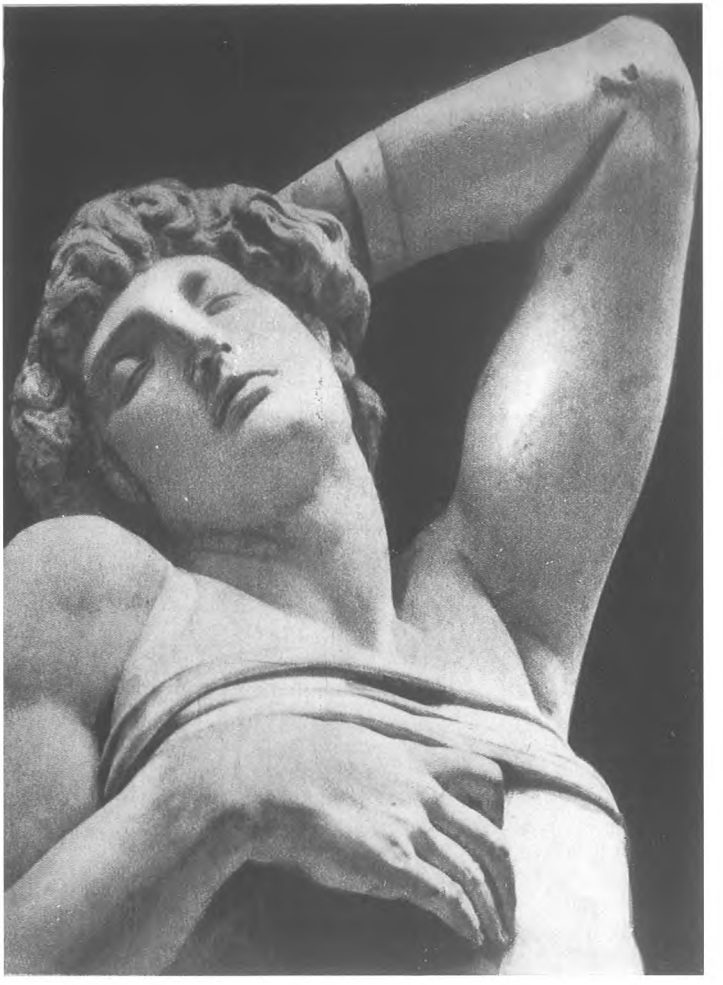
Los hijos y las hijas te nacían,
en caudaloso río, de aquel valle
que el hombre de tus sueños recorría.
en sonámbulo anhelo, sin amarte.

Alzabas cada vástago, en ofrenda,
al Dios de los judíos y rezabas:
suplicabas amor y no te oían.

Activo ser, tu carne, sementera,
ardiendo bajo un sol que resecaba
tu pobre corazón, oh triste Lía.

LOS ESCLAVOS

A Guillermo del Olmo.



Esclavo moribundo. París, Musée du Louvre.

E S C L A V O M O R I B U N D O

LA desmayada sien al fin descansa
de tantos vanos sueños e ilusiones.
Suavemente caída, va buscando
una muerte serena por almohada.

En ademán sin nombre, persuasiva,
la yerta mano dóblase en el pecho.
(¿Del corazón el último latido
no quiere aprisionar con su caricia?)

El alma no se evade de este cuerpo
ni a su país regresa alucinada:
por siempre queda en él, como un aliento.

Incólume belleza transfigura
con su luz interior la muerta carne
que tú no perderás, esclavo, nunca.

ESCLAVO ENCADENADO

¿SON de noche tus ojos, de mañana,
de tarde sin color o mediodía?
¿Una pétrea lágrima se esconde,
hacia dentro rodando sin ser vista?

¿En tus labios tan mudos no hay memoria
de la pasión dejada por un beso?
¿O la muerdes, la sellas, la sepultas
en el frío interior de tu desvelo?

En el torso se hinca tu cadena,
en el pecho —¡no mármol!— dolorido.
Tú buscas libertad, mas hallas sueño,
tal vez un corazón que no has perdido.

¡Dejaste de ser piedra por ser hombre,
encadenado esclavo de la tierra!
¡Titán inconsolable, maniatado,
mirar, mirar al cielo es tu condena!

Esclavo. Florencia, Academia.

E S C L A V O I N F O R M E

PLENA roca te guarda prisionero,
no te deja escapar hacia la vida,
y tú pugnas por ser y dibujarte
como un hombre o sólo humana sombra.

Escoplo de ti mismo, te debates
entre ser y no ser silente masa.
¡Golpeas y batallas! ¡No consigues
exenta forma pura ni aire libre!

Apenas insinuada, tu cabeza
es dolor que en el llanto no se cuaja,
es destello que en luz no se define.

Tu imagen se detuvo y no nacida
quedó para nosotros, irredenta,
inacabado embrión de estatua viva.

EL TRANSCURRIR DEL TIEMPO

A Edmond Vandercammen.

La Aurora. Tumba de Lorenzo de Médicis. Florencia,
San Lorenzo.

L A A U R O R A

NO nacida la luz, tú la presientes.
En doloroso anhelo te despiertas,
cercada todavía por las sombras
que sueñan con tu amor y retenerte.

No dejan que te asomes a la vida
por no verte gozar ni ver que sufres.
Tus ojos, con dulzura, van bebiendo
el dolor que alborea con el día.

La luz duele en la sien, mas tú la amas.
Te hiere el corazón, mas tú lo entregas
como un fruto que ansía su verano.

Las sombras de la noche aún te llaman.
Mas tú rompes los sueños que te cercan
por vivir bajo un sol desesperado.

EL CREPÚSCULO

EN caído abandono te deslizas,
en un preensoñar, hacia la noche,
ese paisaje azul en que reposa
el afán, el dolor de todo hombre.

Navegas lentamente, como ola
que a los centros del mar ya se devuelve.
Como última luz que desvaría,
pues no sabe soñar lo que pretende.

Apenas rezumado por la tarde,
apenas sostenido por la sombra,
vacilas en dormir o estar despierto.

En languidez divagas por el aire
o lloras en la tierra como alondra
que ha perdido sus alas en el viento.

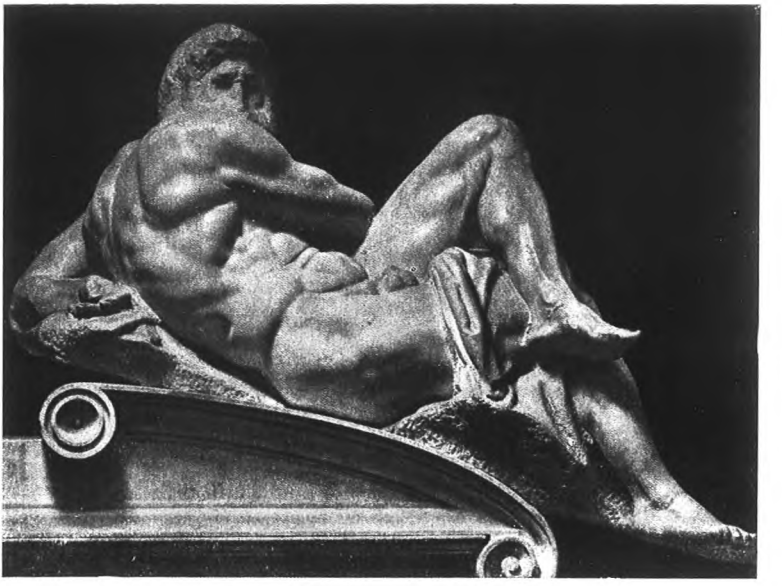
L A N O C H E

EL sueño es un abismo: en él te sumes,
rodando desde el día cual la piedra
que busca su descanso y consumirse
en un yacer sin tiempo ni frontera.

La vida se detiene, no transcurre.
Los límites de sombra crean muerte,
enmascarado rostro que vigila
los pasos de las almas por la nieve.

Tu cabellera oscura se derrama,
con su velo tan denso, en la mejilla:
tus visiones encubre, tu secreto.

Los llantos interiores se remansan
en silenciosa paz, en bellas dichas:
en el hondor del pozo brilla un cielo.



El Día. Tumba de Julio de Médicis. Florencia,
San Lorenzo.

E L D Í A

PODEROSAS, las ruedas de tus hombros
alzan torres de hijos sin descanso,
hunden rocas de sueños en los mares,
mueven montes de penas y de llantos.

Entre el alba y la noche se consuma
el titánico esfuerzo de ser hombre,
cadena en la cadena de los siglos,
gozne y reja de todas las prisiones.

El corazón levanta mundos, árboles,
derriba cien castillos de tristeza,
apura su vivir hasta los ápices.

La sangre brota, a veces, desde el pecho,
si las rodillas labran tierra yerma.
Los dientes mascan, ¡ay!, duro silencio.

LA CREACIÓN

El Creador. Roma, Capilla Sixtina.

D I O S C R E A D O R

SOLES altos rodaron de tu mano
y su girar cesó en justo punto:
enormes luminarias encendieron
los apagados centros de los mundos.

Sabias leyes ordenan lentamente
las tierras y las aguas en los orbes.
El gozo de crear, oh Dios, no cesa:
del negro caos brotan blancas flores.

Con un soplo de luz Tú das la vida
a un extraño animal: le llamas hombre.
Lentos ciclos de sombra en él se cumplen.

No quiere ser feliz... Melancolías
en el pecho le clavan sus dolores.
Tú juegas, en silencio, con las nubes.

A D Á N

RECIÉN creado Adán, el mundo puro
—fresca flor del espacio— ya contemplas.
La brisa más azul hoy te saluda,
con su perfil de gracia, en su ladera.

El ruiseñor, el gamo, los almendros
te ofrecen su amistad. Tú no te asombras,
dichoso de vivir por vez primera.
Y vagas entre ciervos y entre alondras.

Un arroyuelo saltas ... ¿Dos Adanes?
Tú descubres, en él, que te hallas solo
entre pájaros, hierbas y animales.

Inquieres a los cielos, a los aires.
El silencio se rompe: tú lo has roto.
Es grito de dolor, mas no lo sabes.

ALZADA ola, tú, al pie del hombre,
en el vaivén primero de la vida.
Espuma que los cielos a la tierra
arrojan, generosos, cual semilla.

Se yergue tu belleza como un fruto
que anhela madurar a pleno aire.
Te corona la luz y te arrebata
a su mundo de amor y en él renaces.

¿Qué dice tu ademán, mujer del alba?
¿Dibujas, en el ansia, una plegaria?
¿Exiges más amor o más tristeza?

Te cubre el gesto Adán... ¿Como un esposo?
¿O, más bien, como padre, desde el fondo,
tu corazón en celo reengendra?

EL DILUVIO

NO las aguas salidas de su cauce
nos arrastran, jadeando, a las montañas.
Es el dolor que sube de la vida,
es el mar de las penas más tempranas.

Huyen hombres, mujeres, huyen niños,
y más hunden los pies y más se atan
a mil cienos y musgos, a raíces,
a las oscuras tierras anegadas.

Los lobos del terror, ¡ay!, los persiguen
por colinas y valles... Se los tragan
abismos no de lluvias, sí de lágrimas.

Las golondrinas puras ya no existen.
En la cumbre del cielo Dios descansa,
olvidado del mundo y de las aguas.

LA LEJANA PALABRA

A Carlos Bousoño.

LA SIBILA DE CUMAS

EN la oquedad inmensa el gran secreto
del mundo y de los hombres adivinas,
indagas o presientes, sobrehumana:
hondas, rugen las rocas en la sima.

El fragor tus visiones, misterioso,
de eco en eco lleva, retumbando...
El trueno de tu voz convoca chispas,
infiernos, terremotos, allá abajo.

Tus éxtasis y oráculos en cifras,
en palabras oscuras vas diciendo
a hojas de palmera, libro verde.

La ráfaga del viento, ciega, mítica,
arrebata los signos de tu sueño:
en el aire, dispersos, se te mueren.

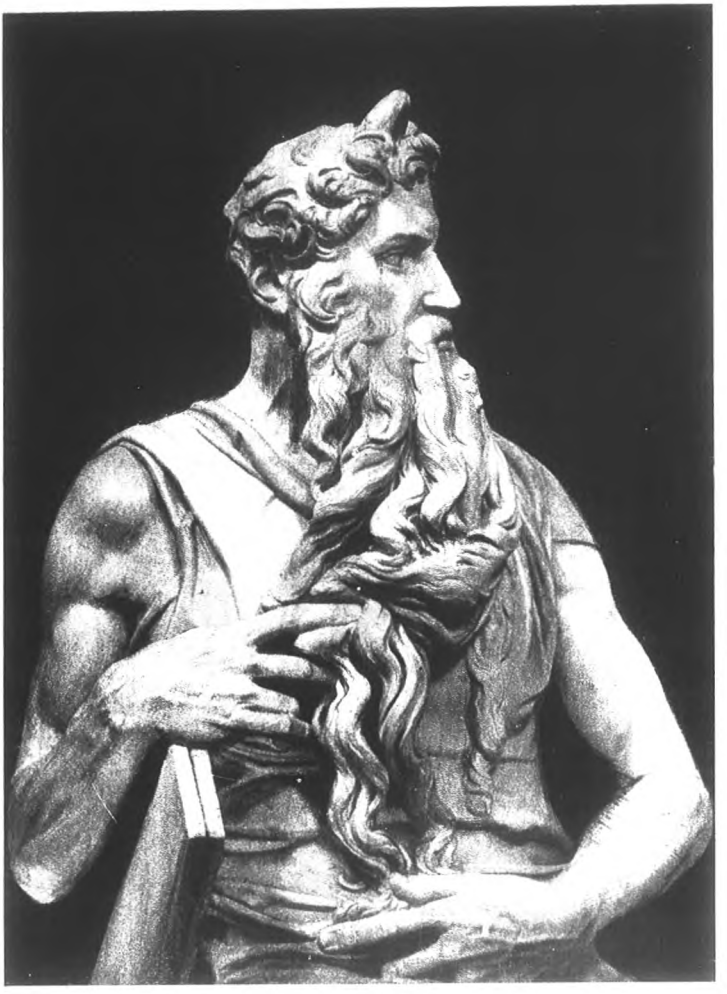
LOS PROFETAS

LA lejana palabra se revela,
oh elegidos de Dios, por vuestra boca
de inocente boyero o campesino.
¡La lejana palabra tan redonda!

En la forma del agua, mansamente
—¡oh palabra de Dios, oh Poesía!—
de la esencia divina va manando
al puro corazón que se arrodilla.

En la forma del agua la promesa
es cumplida verdad, sí, para el hombre
que labra sin saber por qué lo hace.

¡Zacarías, Daniel, Joel, profetas,
oh bardos de los cielos, claros nombres
ocultan las palabras tras sus ángeles!



Moisés. Roma, San Pietro in Vincoli.

M O I S É S

EN río tormentoso precipitas
la imagen de tus años, en cascada,
el mar de tu sapiencia rediviva
que una mano retiene y otra salva.

Ha bajado del hombro con dulzura
que así suaviza el gesto de tu fuerza,
el ademán del ojo que te alumbra.
Y las aguas no pasan y se quedan.

Patriarcal y gigante, sobre un trono
asientas tu montaña, pararrayos
de luces y de vientos que combates.

De Dios mismo el espejo, miras, solo,
lejana inmensidad o muertos pájaros
que vuelan sin llegar al hondo aire.

S A N M A T E O

LA piedra se hace verbo por tu boca,
el ave mensajera de otras nuevas
que nacen de la luz y vencen sombras.
Alas blancas le brotan a la piedra.

La palabra del Hombre rompe riscos.
Surgen chispas azules, llamaradas.
Irrumpen, Miguel Angel, como rayos,
en el mundo del Hombre las palabras.

Redondas, en zig zag, quemando siempre,
despéñanse, dispáranse, rebotan,
las sílabas, las letras, tan redondas.

Esculpidas se quedan en lo leve
del aire y de la noche, como estatuas,
nacidas, por nacer y ya acabadas.

LAS TRES PIEDADES

A Calvin Cannon.

LA PRIMERA PIEDAD

AL fin le tienes ya, pero ha de irse
este cuerpo tan dulce a otra frontera.
Se desliza de ti, callado río,
buscando el verde mar, el agua eterna.

No puede tu piedad, ¡ay!, detenerle.
No pudo tu dolor ser su refugio
en este mundo amargo que cercaba
con espinas sin luz sus ojos puros.

Hijo y padre a la vez, en vuelo póstumo,
desampara tus días, tu tristeza.
¡Madre huérfana, virgen desolada!

Y caen en el río silencioso
tus lágrimas, sin brillo, cual violetas.
El silencio en los labios se te cuaja.

Pietà. Florencia, Catedral.

LA PIEDAD DE FLORENCIA

NICODEMO, Miguel, aquí en la muerte,
a la madre sostienes y a su hijo.
Un piadoso dolor allá en tus ojos
deslíe su ternura en el vacío.

Con brazos y rodillas, con su cara,
reclinándole está en el dulce pecho:
no le deja evadirse y le retiene.
Amparas a los dos con suave gesto.

Nada puede el amor, tú bien lo sabes.
Su cuerpo, fugitivo, va cayendo
en la nada de Dios hasta anegarse.

Tu mirada traspasa el hondo aire...
¿Un resplandor, la paz, en aquel cielo?
¿*Pozo negro, sin agua y ¡ay! sin nadie?*

L A U L T I M A P I E D A D

INACABÓ la muerte la ternura,
el compasivo abrazo de esta madre,
la trágica expresión de una mirada
que sólo Dios sabía como suya.

El hijo, vertical, colgó del aire,
del aire triste, más que de ese tierno
impulso acogedor, final cuidado,
pendiendo, sin sostén, hacia el gran viaje.

El rostro, sin figura, deslizaba
el extinto mirar hacia otros mundos
no vistos por los muertos en su nada.

Y los ojos fluían hacia dentro
de un revertido edén, de un paraíso:
el quieto corazón del Gran Silencio.

EL JUICIO FINAL

A José Luis Cano.

E L J U I C I O F I N A L

SE nos pierden los ojos... Se condenan
en el mar tumultuoso de los cuerpos.
Las entreabiertas tumbas se los tragan
y el alma se nos pierde por un sueño
que sólo tú rescatas de la muerte,
sin vernos, sin oírnos, sin tenernos.

Se nos pierden los ojos... Tú los salvas
en esa red vacía en que te muestras,
huidiza envoltura de tu vida,
antigua piel tenaz que no te niega,
el guante doloroso de tus huesos
disueltos en la sombra y en la pena.

Sonoro cataclismo se desata
por debajo de ti, en gran torrente:
los ángeles de Dios, terribles, fieros,
despeñan el pavor, concitan muertes.
Como un pájaro emerges de la nada:
raptado por la luz, en ella asciendes.

Tus ojos, hacia dentro, intemporales,
conquistan el espacio, en vuelo puro,
disueltos en un aire transparente.
Y los nuestros se evaden con los tuyos
—¿por alondras llamados y por niños?—
a una trastierra azul, final trasmundo.

¡Se nos salvan las almas en los ojos!
¡Se nos salvan los ojos en los tuyos!

PIEDRA SOBRE EL TIEMPO

PIEDRA SOBRE EL TIEMPO

ESCALERA de gracia elevaste del suelo
en un giro del aire al rozar el granito.
Y por ella subimos, sin saber, en volandas,
a un meditar sin tiempo, con los ojos cerrados.
Eres tú quien dejaste viejo códice abierto
para asombro del ojo, en el folio preciso:
encantada dejaste cada página en sueño.
En aquella escalera tu humildad de cantero
reconocí mirando los peldaños dormidos:
tu humildad, tu pureza, tus austeros amores.

Sobre piedra, otra piedra tu frente fué poniendo,
alzando fué los muros de un gigantesco anhelo,
de una ciudad silente, arrebatada y grave,

donde la roca vino a no ser roca, pájaro
—conquistador aéreo del caos, de la muerte—
por tu mano lanzado al cenit de los mundos.
Contra él arrojaste la redonda montaña,
hecha cúpula airosa en vuelo transparente:
rodando va en esfera de luz transfigurada,
aunque parece quieta en perfección de un éxtasis.

Con el polvo del tiempo, con la triste materia,
eternidad creaste y agitada hermosura.
Glorificaste al hombre en sus luchas de siglos,
la llama de sus ansias, su libertad, derrotas
y, también, sus victorias y su fe dolorosa.
Absorto en tu grandeza, sediento de infinito,
contrastas lo dinámico con el quedo reposo,
ilimitado anhelo con limitadas fuerzas,
las dramáticas formas que exigen movimiento,
tensión y paz, en alas de la terrible vida.

Un titánico mundo, flamígeras visiones,
el temor, la tortura, la juventud, la muerte,
orgullo y timidez, humano claroscuro
—¡vencedor de ti mismo, de la tumba y del llanto!—,
son tus aguas rugientes, las sombras encendidas
de un tremendo universo en que combaten astros

con pequeñas criaturas, doloridas, heroicas,
derrotadas, triunfantes, fragorosas, purísimas.
Las cantaron tus piedras, proyectaron sus fiebres
al infinito espacio, a la oquedad del tiempo.

REQUIEM

R E Q U I E M

HE mirado la tierra con hondos ojos tristes.
En silencio he mirado los valles de este mundo.
He posado mis dedos en la rosa granate
y he sentido que amaba la caricia del musgo.

He besado plumillas y rumores de pájaros.
En sosiego he vivido lentas horas azules,
en angustia las horas del dolor y la sangre.
He cruzado los ríos en un pasmo de nubes.

He subido montañas y he mirado hacia abajo:
diminutos, los hombres se trocaban en aire.
He bajado cantando... El asombro del brezo
despertaba raíces de calcinados árboles.

Sumido en un ensueño, ya fuera del paisaje,
esperaba encontrarte sentado en una roca,
rodeado por sombras de impalpables estatuas,
esculpidas con brisas, claras, ígneas, remotas.

Las encrespadas águilas, allí, batían, altas,
sus poderosos, puros, alucinantes brazos:
querían despertarte y alzar las vivas formas
a un cenit de soles y truenos ignorados.

Tu presencia, evadida, se confunde con selvas
en las que el mármol suena virginal y profundo,
dulcemente dormido en su cuna de savias,
a merced de las flores y de helechos oscuros.

En transparencia vives, en el cristal del agua:
inventas sus guijarros, modelas sus espumas,
los clamorosos júbilos de peces y animales,
los nadadores torsos que, brillando, la surcan.

Si sollozan los vivos, esculpes esa queja
en el inmenso fondo de los abismos ciegos:
milenarias columnas se retuercen, horadan
las cavernas y, álgidas, palpitan como pechos.

Los bloques de granito amenazan romperse,
en rebelión de siglos, porque buscan tu mano
que no estrechan, tu mano, resplandeciente y cárdena,
tu destructora mano, tu crepitante mano.

Y, furioso, el basalto hoy gime en su ladera,
sus moles precipita como rayos lanzados
a un final imperioso de abrasadas tormentas.
Se queja la diorita y llora el alabastro.

Campanas sin destino, colgadas del espacio,
doblan por ti, Miguel, agitando los vientos,
como péndulos locos de vital primavera
o doloroso requiem de bruñido silencio.

EPITAFIO

P I T A F I O

INTEMPORAL y blanca,
la losa, río leve
de mármol detenido,
nos vela para siempre
los ígneos huesos tuyos,
cenizas de la muerte.
La tersa claridad
de dentro nos envuelve.
¡Ni un rumor en la luz
cincelada con nieve!
Tu nombre, silencioso,
es yedra azul, ardiente,
que nuestro llanto quema.
Tus ojos —¿negros?, ¿verdes?—
se posan en el aire
dorado de Firenze.

ÍNDICES

Págs.

Dedicatoria 7

EL HOMBRE

El retrato 11
La soledad 13
Las manos 15
La victoria 17
La rosa de la muerte 19

LOS HÉROES

Centauros y lapitas 23
Torso 25
David 27

LAS CRIATURAS DULCES

El ángel 31
La virgen de la escalera 33

Págs.

Baco 35
La virgen del libro 37
Lía 39

LOS ESCLAVOS

Esclavo moribundo 43
Esclavo encadenado 45
Esclavo informe 47

EL TRANSCURSO DEL TIEMPO

La aurora 51
El crepúsculo 53
La noche 55
El día 57

LA CREACIÓN

Dios creador 61
Adán 63
Eva 65
El diluvio 67

LA LEJANA PALABRA

La sibila de Cumas 71
Los profetas 73

Págs.

Moisés 75
San Mateo 77

LAS TRES PIEDADES

La primera Piedad 81
La Piedad de Florencia 83
La última Piedad 85

EL JUICIO FINAL

El Juicio Final 89

PIEDRA SOBRE EL TIEMPO

Piedra sobre el tiempo 93

REQUIEM

Requiem 99

EPITAFIO

Epitafio 105

ÍNDICE DE LÁMINAS

		Entre las págs.
Lám. I.	—Retrato de Michelangelo Buonarrotti ...	10-11
Lám. II.	—David	26-27
Lám. III.	—Angel Lampadóforo	30-31
Lám. IV.	—Esclavo moribundo	42-43
Lám. V.	—Esclavo	46-47
Lám. VI.	—La Aurora	50-51
Lám. VII.	—El Día	56-57
Lám. VIII.	—El Creador	60-61
Lám. IX.	—Moisés	74-75
Lám. X.	—Pietà	82-83

OBRAS DE CONCHA ZARDOYA

POESIA

Pájaros del Nuevo Mundo. Madrid, "Adonais", XXVII, 1946.

Dominio del llanto (Accésit del Premio "Adonais" 1947). Madrid, "Adonais", XLI, 1947.

La hermosura sencilla. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1953.

Los signos (Accésit del Premio "Ifach" 1952). Alicante, Colección Ifach, XV, 1954.

El desterrado ensueño. Madrid, Hispanic Institute in the United States, 1955.

CUENTOS

(Con el seudónimo "Concha de Salamanca".)

Cuentos del antiguo Nilo. Las dos tierras de Hapi. Madrid, M. Aguilar, 1944.

Historias y leyendas españolas. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.

Historias y leyendas de Ultramar. Madrid, M. Aguilar (1942-1946), 6 volúmenes.

BIOGRAFIA, CRITICA E HISTORIA LITERARIA

Miguel Hernández (1910-1942). Vida y Obra. Bibliografía. Antología. New York, Hispanic Institute in the United States, 1955.

Historia de la Literatura Norteamericana (1607-1950). Barcelona, Editorial Labor, 1956.

TRADUCCIONES Y EDICIONES DE CLASICOS

Walt Whitman: *Cantando a la Primavera* (traducción y prólogo). Madrid, "Adonais", XV, 1945.

Walt Whitman: *Obras escogidas* (Ensayo biográfico-crítico, versión, notas y bibliografía). Madrid, M. Aguilar, 1946; segunda edición, Madrid, M. Aguilar, 1955.

Charles Morgan: *Imágenes en un espejo,* II. Barcelona, José Janés, 1949.

Gil Vicente: *Teatro y poesía* (Prólogo, notas y vocabulario). Madrid, M. Aguilar, 1946.

Alonso de Ercilla y Zúñiga: *La Araucana* (Prólogo y notas). Madrid, M. Aguilar, 1946.

EN PRENSA

Debajo de la luz (Premio "Boscán", 1955). Barcelona, Instituto de Estudios Hispánicos.

El corazón entredorado. Palma de Mallorca, Papeles de Son Armadans.

ESTE LIBRO, «MIRAR AL CIELO ES TU CONDENA», VOLUMEN XXXIV DE LA COLECCIÓN «ÍNSULA», SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE SILVERIO AGUIRRE TORRE, EN MADRID, EL DÍA 6 DE DICIEMBRE DE 1957

ALGUNAS PUBLICACIONES DE INSULA

FERNANDO ALONSO AMAT:
La boca tapada con agua.
(Novela.) Ptas. 45
Iris y el Viento.
(Novela.) Ptas. 60

JOAQUÍN CASAIDUERO:
Sentido y forma del Quijote.
Premio «Bascoms». Ptas. 70

JORGE GUILLÉN:
Huerto de Melibea.
(Poema.) Ptas. 40

ENRIQUE HEINE:
Memorias del Señor de Schnabelewopski.
(Traducción de Carmen Bravo Villasante.) Ptas. 35

CLOTILDE LUISI:
Regreso.
(Narraciones.) Ptas. 50

JOSÉ GERARDO MANRIQUE DE LARA:
Pedro el Ciego.
(Poema.) Ptas. 30
Premio "Ciudad de Barcelona, 1954".

JOSÉ M.ª ALONSO GAMO:
Ausencia.
(Poesía.) Ptas. 35

JULIO PALACIOS:
De la Física a la Biología.
Ptas. 12,50

JUAN RUIZ PEÑA:
Memorias de Mambruno.
(Prosa.) Ptas. 25

JUAN RUIZ PEÑA:
La Vida Misma.
(Poesía.) Ptas. 40

MARINA ROMERO:
Midas.
(Poema.) Ptas. 30

SHAKESPEARE:
Troilo y Crésida.
(Traducción de Luis Cernuda.)
Ptas. 35